

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, SOBRE LA VIDA FELIZ. LIBRO UNO.  
(C)

ADVERTENCIA SOBRE EL SIGUIENTE LIBRO SOBRE LA VIDA FELIZ.

Presentamos aquí el libro sobre la Vida Feliz, que fue comenzado mientras se trabajaba en la obra contra los Académicos, y que, tras ser dejado de lado temporalmente, fue retomado y completado en una discusión de tres días en Cassiciaco. Agustín menciona que encontró la ocasión para publicarlo en el día de su cumpleaños, el 13 de noviembre (día en que cumplía treinta y tres años), lo que indica que ambas obras, tanto esta sobre la Vida Feliz como la contra los Académicos, fueron elaboradas a finales del año 386 d.C., un año significativo por su conversión.

En estas discusiones sobre la Vida Feliz, que se presentaban como un banquete festivo y solemne, quiso que estuvieran presentes todos sus compañeros de estudio, y en especial su madre Mónica, quien con la gravedad y sabiduría de sus opiniones asombró a los presentes, exclamando incluso Agustín: "Tú, madre, has alcanzado la cima de la filosofía".

Dedicó este libro a Teodoro, con quien había entablado amistad en Milán, como se entiende claramente en el prefacio. Este Teodoro, cuyo nombre de pila era Manlio según se indica en la Retracción, parece ser el mismo mencionado en el libro 18 de La Ciudad de Dios, capítulo 54, quien ejerció el consulado en el año 399 d.C. y desempeñó otros cargos destacados bajo diversos emperadores, siendo altamente elogiado por Claudiano en un poema panegírico dedicado a su consulado.

## [DISPUTACIONES.]

Este libro abarca las disputaciones de tres días dedicadas a Teodoro; en las cuales se concluye que la vida feliz solo puede consistir en el conocimiento perfecto de Dios.

CAPÍTULO PRIMERO.---Prefacio. Dedicó el libro a Teodoro, y le revela los impulsos que lo llevaron al puerto de la filosofía cristiana. Ocasión de la disputa.

1. Si al puerto de la filosofía, desde donde se avanza hacia la región y suelo de la vida feliz, hombre de gran humanidad y nobleza, Teodoro, el curso guiado por la razón y la propia voluntad condujera; no sé si diría temerariamente que mucho menos hombres habrían llegado a él, aunque ahora también, como vemos, llegan muy pocos. Pues al ser arrojados a este mundo, ya sea por Dios, la naturaleza, la necesidad, nuestra voluntad, o alguna combinación de estos, o todos juntos (pues es un asunto muy oscuro, pero que tú ya has emprendido esclarecer), como a un mar tempestuoso, ¿quién reconocería hacia dónde debía dirigirse o regresar, si no fuera porque alguna vez, incluso contra su voluntad y resistencia, alguna tormenta que a los necios parece adversa, los empujara errantes e ignorantes hacia la tierra más deseada?

2. Así, entre los hombres que la filosofía puede acoger, me parece ver tres tipos de navegantes. Uno es el de aquellos que, cuando la edad les ha otorgado la razón, huyen con poco impulso y remos desde cerca, y se refugian en esa tranquilidad, desde donde levantan para los demás ciudadanos, a quienes pueden, un signo luminoso de alguna de sus obras, para que advertidos intenten llegar a ellos. El segundo es el de aquellos, contrario al anterior, que engañados por la apariencia más engañosa del mar, eligen avanzar hacia el medio y se atreven a alejarse mucho de su patria, y a menudo la olvidan. Si un viento desde la popa, que

consideran favorable, los ha seguido de manera desconocida y demasiado oculta, penetran en las profundidades de las miserias, elevados y gozosos porque en todas partes la serenidad más engañosa de los placeres y honores los halaga. A estos, ciertamente, no se les puede desear otra cosa que alguna adversidad en aquellas cosas por las que son arrojados, y, si es poco, una tormenta completamente furiosa, y un viento que sople en contra, que los lleve a gozos ciertos y sólidos, aunque lloren y se lamenten. Sin embargo, muchos de este tipo, aún no habiendo vagado mucho, son devueltos por algunas molestias no tan graves. Estos son los hombres que, cuando las tragedias lamentables de sus fortunas o las ansiosas dificultades de negocios vanos, como si no tuvieran otra cosa que hacer, los empujan a los libros de hombres doctos y sapientísimos, despiertan en cierto modo en el mismo puerto, desde donde ninguna promesa del mar, que sonrío demasiado falsamente, los excluye. Pero hay un tercer tipo entre estos, que ya sea en el mismo umbral de la adolescencia, o después de haber sido sacudidos durante mucho tiempo, sin embargo, miran ciertos signos, y recuerdan su patria dulcísima, aunque en medio de las olas: y ya sea que la retomen con un curso recto sin ser engañados, y sin demora, o a menudo, desviándose entre las nubes, o contemplando estrellas que se hunden, o cautivados por algunas seducciones, posponen los tiempos de buena navegación, vagan más tiempo, y a menudo también corren peligro. A estos también, a menudo, alguna calamidad en las fortunas inestables, como una tormenta adversa a sus esfuerzos, los empuja a la patria más deseada y tranquila.

3. Pero a todos estos, que de cualquier manera se dirigen a la región de la vida feliz, se les debe temer y evitar con sumo cuidado una montaña inmensa situada ante el mismo puerto, que también genera grandes angustias a los que ingresan. Pues brilla tanto, está revestida de una luz tan engañosa, que no solo se ofrece a los que llegan, aún no ingresados, para ser habitada, y promete satisfacer sus deseos por la misma tierra feliz; sino que a menudo invita a los hombres desde el mismo puerto hacia sí, y a veces los retiene, deleitados por su altura, desde donde les place despreciar a los demás. Sin embargo, estos a menudo advierten a los que vienen, para que no sean engañados por escollos ocultos debajo, o piensen que es fácil ascender a ella; y enseñan con la mayor benevolencia cómo ingresar sin peligro debido a la proximidad de esa tierra. Así, aunque les envidian la gloria más vana, les muestran el lugar de seguridad. Pues, ¿qué otra montaña quiere la razón que se entienda como temible para los que se acercan a la filosofía o ingresan en ella, sino el estudio orgulloso de la gloria más vana, que no tiene nada lleno y sólido en su interior, de modo que, al inflarse, hace que los que caminan sobre ella se hundan y sean absorbidos por el suelo frágil que cruje, y al ser arrojados a las tinieblas, les arrebatara la casa más luminosa que casi ya habían visto?

4. Dado que esto es así, acepta, mi Teodoro, pues para lo que deseo, solo te miro a ti, y siempre te admiro como el más apto; acepta, digo, y lo que de esos tres tipos de hombres me ha entregado a ti, y en qué lugar creo estar, y qué tipo de ayuda espero de ti con certeza. Desde mi decimonoveno año, después de recibir en la escuela del retórico aquel libro de Cicerón, llamado Hortensio, me encendí con tal amor por la filosofía, que inmediatamente pensé en transferirme a ella. Pero no me faltaron las nieblas que confundieran mi curso; y durante mucho tiempo, lo confieso, miré las estrellas que se deslizaban hacia el océano, que me llevaban al error. Pues una cierta superstición infantil me aterraba de la misma investigación: y cuando me hice más erguido, disipé aquella oscuridad, y me convencí de que debía creerse a los que enseñan más que a los que ordenan; caí en manos de hombres para quienes esta luz que se ve con los ojos, parecía estar entre las cosas supremas y divinas que debían ser veneradas. No les asentía, pero pensaba que ocultaban algo grande con esos velos, que alguna vez abrirían. Pero cuando los evité, especialmente después de cruzar ese mar, durante mucho tiempo mis timones, resistiendo a todos los vientos, los mantuvieron los

Académicos en medio de las olas. Luego llegué a estas tierras; aquí aprendí a quién debía confiarme. Observé, pues, y a menudo en nuestro sacerdote, y alguna vez en tus discursos, que cuando se pensaba en Dios, no debía pensarse en absoluto en nada corporal, ni tampoco cuando se pensaba en el alma: pues eso es lo más cercano a Dios en las cosas. Pero para que no volara rápidamente al regazo de la filosofía, lo confieso, me detenía la seducción del matrimonio y el honor; para que, cuando hubiera conseguido estas cosas, entonces me lanzara con todas las velas y remos a ese seno, lo que a pocos felicísimos les fue permitido, y allí descansara. Sin embargo, después de leer unos pocos libros de Platón, de quien he oído que eres muy aficionado, y comparándolos con la autoridad de aquellos que han transmitido los misterios divinos, me encendí de tal manera que quise romper todas esas anclas, si no me hubiera conmovido la opinión de algunas personas. ¿Qué quedaba entonces, sino que una tormenta que se consideraba adversa, me socorriera mientras me demoraba en cosas superfluas? Así que un dolor tan grande me tomó el pecho, que no pudiendo soportar la carga de esa profesión con la que navegaba quizás hacia las Sirenas, arrojé todo, y llevé mi nave, aunque sacudida y rota, a la tranquilidad deseada.

5. Por lo tanto, ves en qué filosofía navego como en un puerto. Pero también este se extiende ampliamente, y su magnitud, aunque ya menos peligrosa, no excluye por completo el error. Pues no sé a qué parte de la tierra, que ciertamente es la única feliz, debo acercarme y tocar. ¿Qué he sostenido de sólido, si aún la cuestión del alma vacila y fluctúa? Por lo tanto, te ruego por tu virtud, por tu humanidad, por el vínculo y comercio de las almas entre sí, que extiendas tu mano. Esto es, que me ames, y creas que eres amado y considerado querido por mí. Si logro esto, me acercaré con poco esfuerzo y muy fácilmente a la vida feliz misma, a la que presumo que ya estás adherido. Pero para que sepas qué hago, y de qué manera reúno a mis allegados en ese puerto, y para que comprendas más plenamente mi ánimo (pues no encuentro otros signos con los que mostrarme), he pensado en escribirte el inicio de mis disputaciones, que me parece haber resultado más religioso, y más digno de tu título, y dedicarlo con tu mismo nombre. Muy apropiadamente; pues entre nosotros hemos buscado sobre la vida feliz, y no veo otra cosa que deba llamarse más don de Dios. No me asusta tu elocuencia; pues no puedo temer lo que amo, aunque no lo alcance: mucho menos la sublimidad de la fortuna; pues en ti, verdaderamente, aunque sea grande, es secundaria; pues a quienes domina, a esos mismos los hace secundarios. Pero ahora, te ruego, atiende a lo que traigo.

6. El 13 de noviembre era mi cumpleaños: después de un almuerzo tan ligero que no impidiera el ingenio de nadie, llamé a todos los que no solo ese día, sino todos los días, comíamos juntos, a las termas para sentarnos; pues ese lugar se presentaba adecuado y secreto para el momento. Estaban, no temo mencionarlos por sus nombres mientras tanto a tu singular benevolencia, en primer lugar nuestra madre, a quien creo que debo todo lo que vivo; mi hermano Navigio, Trygetio y Licencio, ciudadanos y discípulos míos; tampoco quise que faltaran Lastidiano y Rústico, mis primos, aunque no hayan pasado por ningún gramático, y consideré necesario su sentido común para el asunto que emprendía. También estaba con nosotros el más joven de todos, pero cuyo ingenio, si el amor no me engaña, promete algo grande, Adeodato, mi hijo. Con estos atentos, comencé así.

CAPÍTULO II.---Disputa del primer día. Estamos compuestos de alma y cuerpo. El alimento es necesario para el cuerpo. El alma también tiene su propio alimento. No es feliz quien no tiene lo que desea. Sin embargo, no todo el que tiene lo que desea es feliz. Qué debe adquirir el hombre para ser feliz. Quién tiene a Dios. El Académico no puede ser feliz, por lo tanto, tampoco sabio.

7. ¿Os parece evidente que estamos compuestos de alma y cuerpo? Cuando todos asintieron, Navigio respondió que lo ignoraba. A lo que yo: ¿No sabes nada en absoluto, dije, o entre algunas cosas que ignoras también se debe contar esto? No creo que ignore todo, dijo. ¿Puedes, dije, decirnos algo de lo que sabes? Puedo, dijo. Si no es molestia, dije, menciona algo. Y mientras dudaba: ¿Sabes al menos, dije, que vives? Lo sé, dijo. Entonces sabes que tienes vida, ya que nadie puede vivir sin vida. Y esto, dijo, lo sé. ¿Sabes también que tienes un cuerpo? Asentía. Entonces ya sabes que estás compuesto de cuerpo y vida. Lo sé por ahora; pero estoy incierto si estas son las únicas cosas que completan y perfeccionan al hombre. Así es, dijo. Esto, qué sea, lo investigaremos en otro momento, si podemos, dije. Ahora pregunto a todos, ya que admitimos que el hombre no puede existir sin cuerpo ni sin alma, para cuál de estos dos apetecemos los alimentos. Para el cuerpo, dijo Licencio. Pero los demás dudaban, y discutían entre sí cómo podía parecer necesario el alimento para el cuerpo, cuando se apetecía por la vida, y la vida solo pertenecía al alma. Entonces yo: ¿Os parece que el alimento pertenece a esa parte que vemos crecer y hacerse más fuerte con el alimento? Asentían todos excepto Trygetio. Pues dijo: ¿Por qué entonces no he crecido por mi glotonería? Todo tiene, dije, su medida establecida por la naturaleza, más allá de la cual no puede avanzar: sin embargo, esa medida sería menor si le faltaran los alimentos; lo que observamos más fácilmente en los animales. Y nadie duda que al sustraer los alimentos, los cuerpos de todos los seres vivos se adelgazan. Adelgazar, dijo Licencio, no decrecer. Me basta, dije, para lo que quiero. Pues la cuestión es si el alimento pertenece al cuerpo. Pertenece, ya que al sustraerlo, se reduce a la delgadez. Todos estuvieron de acuerdo en que así era.

8. ¿Y qué hay del alma, dije? ¿No tiene ningún alimento propio? ¿O la ciencia os parece su alimento? Claramente, dijo la madre; no creo que el alma se alimente de otra cosa que del entendimiento de las cosas y la ciencia. Trygetio mostró duda sobre esta opinión: hoy, dijo ella, ¿no enseñaste tú mismo dónde o de qué se alimenta el alma? Pues después de una parte del almuerzo dijiste que no habías advertido qué vaso usábamos, porque pensabas en otras cosas, y sin embargo no habías dejado de usar las manos y los mordiscos en esa parte de los alimentos. ¿Dónde estaba entonces tu mente, cuando no atendía a eso mientras comías; de allí, créeme, y de tales banquetes se alimenta el alma, es decir, de sus teorías y pensamientos, si puede percibir algo a través de ellos. Sobre esto, mientras dudaban ruidosamente: ¿No concedéis que las mentes de los hombres más doctos son mucho más llenas y grandes en su género que las de los ignorantes? Dijeron que era evidente. Correctamente decimos, entonces, que las mentes de aquellos que no han sido instruidos en ninguna disciplina, ni han absorbido nada de las buenas artes, están vacías y casi hambrientas. Plenas, dijo Trygetio, creo que también están las mentes de ellos, pero de vicios y maldad. Eso mismo es, dije, créeme, una cierta esterilidad y casi hambre de las mentes. Pues así como el cuerpo, al sustraerle el alimento, a menudo se llena de enfermedades y sarna, que indican hambre en él; así también las mentes de ellos están llenas de enfermedades que confiesan su hambre. Pues incluso la misma maldad, madre de todos los vicios, se ha dicho que proviene de que no es nada, es decir, de que no es nada, por los antiguos. A esta maldad, la virtud contraria es la frugalidad. Así como esta se llama frugalidad por el fruto, es decir, por una cierta fecundidad de las mentes; así aquella se llama maldad por la esterilidad, es decir, por la nada: pues todo lo que fluye, se disuelve, se licua y casi siempre perece, es nada. Por eso a tales hombres también los llamamos perdidos. Pero si esto es más oscuro de lo que ya podéis ver; ciertamente concedéis que si las mentes de los ignorantes también están llenas, se encuentran dos tipos de alimentos para las mentes, como para los cuerpos; uno saludable y útil, otro mórbido y pestilente.

9. Dado que esto es así, creo que en mi cumpleaños, ya que convenimos entre nosotros que hay dos cosas en el hombre, es decir, cuerpo y alma, no debo ofrecer un almuerzo un poco más lujoso solo para nuestros cuerpos, sino también para nuestras mentes. Pero qué sea este almuerzo, si tenéis hambre, lo presentaré. Pues si intento alimentaros a la fuerza y con disgusto, gastaré mi esfuerzo en vano; y más bien se deben hacer votos para que deseéis tales banquetes más que aquellos del cuerpo. Lo que sucederá si vuestras mentes están sanas: pues las enfermas, como vemos en las enfermedades del mismo cuerpo, rechazan y repelen sus alimentos. Todos dijeron con el rostro mismo y con voz concordante que querían ya tomar y devorar lo que hubiera preparado.

10. Y yo, comenzando de nuevo, dije: ¿Queremos ser felices, pregunto? Apenas había pronunciado esto, todos respondieron al unísono afirmativamente. ¿Parece ser feliz, pregunto, aquel que no tiene lo que desea? Negaron. ¿Y qué? ¿Es feliz todo aquel que tiene lo que desea? Entonces la madre dijo: Si desea y tiene cosas buenas, es feliz; pero si desea cosas malas, aunque las tenga, es desgraciado. Sonriendo y lleno de entusiasmo, le respondí: Has alcanzado, madre, la misma cima de la filosofía. Sin duda, te faltaron palabras para no expresarte como Cicerón, cuyas palabras sobre este tema son las siguientes. En el Hortensio, libro que escribió en alabanza y defensa de la filosofía, dice: "He aquí que no los filósofos, sino los que están dispuestos a discutir, todos dicen que son felices quienes viven como desean. Esto es falso: desear lo que no conviene es lo más miserable. No es tan desgraciado no obtener lo que se desea, como desear lo que no se debe. La perversidad de la voluntad causa más mal que la fortuna puede dar de bien a alguien". En estas palabras, ella exclamaba de tal manera que, olvidando por completo su sexo, creíamos que un gran hombre estaba sentado con nosotros, mientras yo, en la medida de lo posible, comprendía de dónde provenían esas palabras y de qué fuente divina manaban. Y Licencio dijo: Pero debes decirnos, para que cualquiera sea feliz, qué debe desear y de qué cosas debe tener deseo. Invítame, dije, a tu cumpleaños, cuando te dignes; aceptaré con gusto lo que ofrezcas. Con esta condición, te pido que hoy cenes conmigo, sin exigir lo que tal vez no esté preparado. Cuando se arrepintió de su modesta y respetuosa advertencia, dije: Entonces, ¿estamos de acuerdo en que nadie puede ser feliz si no tiene lo que desea, y que no todos los que tienen lo que desean son felices? Asintieron.

11. ¿Concedéis, pregunto, que todo aquel que no es feliz es desgraciado? No dudaron. Por lo tanto, dije, todo aquel que no tiene lo que desea es desgraciado. Todos estuvieron de acuerdo. ¿Qué debe, entonces, adquirir el hombre para ser feliz, pregunto? Pues tal vez esto también se nos proporcionará en este banquete, para no descuidar la avidez de Licencio: porque creo que debe adquirir aquello que, cuando lo desea, lo tiene. Dijeron que era evidente. Por lo tanto, dije, debe ser algo que siempre permanezca, que no dependa de la fortuna ni esté sujeto a ningún accidente. Porque cualquier cosa mortal y caduca no puede ser poseída por nosotros cuando queremos y durante el tiempo que queremos. Todos estuvieron de acuerdo. Pero Trigetio dijo: Hay muchos afortunados que poseen en abundancia y generosamente esas mismas cosas frágiles y sujetas a accidentes, y no les falta nada de lo que desean. A lo que respondí: ¿Te parece feliz aquel que teme, pregunto? No, respondió. Entonces, si alguien puede perder lo que ama, ¿puede no temer? No puede, dijo. Pero esas cosas fortuitas pueden perderse. Por lo tanto, quien ama y posee estas cosas no puede ser feliz de ninguna manera. No se opuso. En este punto, la madre dijo: Aunque esté seguro de que no perderá todas esas cosas, no podrá satisfacerse con ellas. Por lo tanto, también es desgraciado porque siempre está necesitado. A lo que respondí: ¿Qué, pregunto, si alguien, abundante y rodeado de todas estas cosas, establece un límite a su deseo y disfruta de ellas con moderación y placer; no te parece feliz? Entonces, dijo, no es feliz por esas cosas, sino por la moderación de su espíritu.

Muy bien, dije, y no debiste responder de otra manera a esta pregunta. Por lo tanto, no dudamos de que si alguien decide ser feliz, debe adquirir para sí lo que siempre permanece y no puede ser arrebatado por ninguna fortuna adversa. Esto, dijo Trigetio, ya lo hemos acordado desde hace tiempo. ¿Os parece que Dios es eterno y siempre permanece? Esto, dijo Licencio, es tan cierto que no necesita ser preguntado; y todos los demás lo confirmaron con devota piedad. Por lo tanto, dije, quien tiene a Dios es feliz.

12. Cuando aceptaron esto con alegría y entusiasmo, dije: Entonces, creo que no debemos buscar nada más que quién de los hombres tiene a Dios; porque ciertamente será feliz. Sobre esto, pregunto qué os parece. Aquí Licencio dijo: Tiene a Dios quien vive bien. Trigetio dijo: Tiene a Dios quien hace lo que Dios quiere que se haga. Lastidiano estuvo de acuerdo con su opinión. Pero el más joven de todos dijo: Tiene a Dios quien no tiene un espíritu impuro. La madre aprobó todo, pero especialmente esto. Navigio permaneció en silencio. Cuando le pregunté qué pensaba, respondió que le gustaba la última opinión. Tampoco parecía adecuado descuidar preguntar a Rústico cuál era su opinión sobre un asunto tan importante, quien me parecía estar más impedido por la vergüenza que por la deliberación; estuvo de acuerdo con Trigetio.

13. Entonces dije: Tengo, dije, las opiniones de todos sobre un asunto realmente grande, y más allá del cual no se debe buscar ni se puede encontrar nada, si lo investigamos con la misma serenidad y sinceridad con la que comenzamos. Pero hoy, porque es largo, y en sus banquetes también hay una cierta abundancia del alma, si se lanzan a ellos más allá de lo debido y vorazmente (pues así digieren mal; de lo cual hay que temer por la salud de las mentes no menos que por el mismo hambre), es mejor que esta cuestión nos reciba mañana con hambre, si os parece. Solo quiero que disfrutéis de lo que de repente se me ha ocurrido ofrecer como vuestro servidor; y es, si no me equivoco, como suelen ser los últimos platos, preparado y condimentado como con miel escolar. Al oír esto, todos se inclinaron como hacia un plato elevado, y me obligaron a apresurarme a decir qué era. ¿Qué pensáis, dije, sino que con los Académicos hemos terminado todo el asunto que habíamos emprendido? Al escuchar este nombre, los tres que conocían el asunto se animaron más; y, como suele suceder, extendiendo las manos, ayudaron al servidor que traía el plato con las palabras que pudieron, mostrando que no escucharían nada más placentero.

14. Entonces propuse el asunto de esta manera. Si es evidente, dije, que no es feliz quien no tiene lo que desea, como la razón demostró poco antes; pero nadie busca lo que no quiere encontrar, y ellos siempre buscan la verdad: por lo tanto, quieren encontrarla; quieren, por lo tanto, tener el hallazgo de la verdad. Pero no la encuentran: se sigue que no tienen lo que desean; y de esto se sigue también que no son felices. Pero nadie es sabio si no es feliz: por lo tanto, el Académico no es sabio. Aquí, de repente, ellos, como arrebatando todo, exclamaron. Pero Licencio, observando con más atención y cautela, temió asentir, y añadió: Me uní a vosotros, ya que exclamé conmovido por esa conclusión. Pero no admitiré nada de esto en mis entrañas, y guardaré mi parte para Alipio: porque o la lamerá conmigo, o me advertirá por qué no debería tocarla. Más bien, dije, debería temer Navigio a las cosas dulces, con su bazo enfermo. Aquí él, sonriendo, dijo: Claramente, dijo, tales cosas me sanarán. Porque no sé cómo, esto que has propuesto, retorcido y punzante, como dice aquel, de miel de Himeto, es agudamente dulce, y no hincha las entrañas. Por lo tanto, incluso con el paladar algo mordido, lo traspaso con gusto a las médulas. No veo cómo esa conclusión puede ser refutada. De ninguna manera puede serlo, dijo Trigetio. Por eso me alegro de haberme enemistado con ellos desde hace tiempo. Porque no sé qué naturaleza impulsora, o, para decirlo más verdaderamente, Dios, incluso sin saber cómo debían ser refutados, sin embargo, me oponía demasiado a ellos.

15. Aquí Licencio dijo: Yo, dijo, aún no los abandono. Entonces, dijo Trigetio, ¿disidentes de nosotros? ¿Acaso, dijo él, disienten vosotros de Alipio? A lo que respondí: No dudo, dije, que si Alipio estuviera presente, cedería a este pequeño razonamiento. No podía pensar tan absurdamente que o aquel le parecería feliz, que no tiene un bien del alma que desea ardientemente tener, o que ellos no quieren encontrar la verdad, o que quien no es feliz es sabio: porque con estas tres cosas, como con miel, harina y nueces, está hecho lo que temes probar. ¿Cedería él, dijo, a este pequeño señuelo de niños, abandonando la gran abundancia de los Académicos, que al inundar esto no sé qué breve será o bien sepultado o arrastrado? Como si, dije, buscáramos algo largo, especialmente contra Alipio: porque no sería un argumento mediocre que estas pequeñas cosas sean fuertes y útiles, se lo demostraría él mismo con su propio cuerpo. Pero tú, que has elegido depender de la autoridad de un ausente, ¿cuál de estas cosas no apruebas? ¿Acaso no es feliz quien no tiene lo que desea? ¿O niegas que ellos quieren tener la verdad encontrada, que buscan con vehemencia? ¿O te parece que alguien sabio no es feliz? Completamente feliz es, dijo, quien no tiene lo que desea, como sonriendo con desdén. Cuando ordené que se escribiera: No dije, exclamó. Lo que también, cuando asentí que se escribiera: Dije, dijo. Y yo había ordenado una vez que no se pronunciara ninguna palabra fuera de las letras. Así mantenía al joven agitado entre la vergüenza y la constancia.

16. Pero mientras bromeábamos con estas palabras, como provocándolo a que comiera su parte, noté que los demás, ignorantes de todo el asunto pero deseosos de saber qué se discutía tan alegremente entre nosotros, nos miraban sin reír. Me parecieron muy similares a lo que suele suceder, a aquellos que, cuando banquetean entre comensales muy ávidos y rapaces, se abstienen de arrebatar, ya sea por gravedad o por vergüenza. Y como yo había invitado, y representaba la persona de un gran hombre, y para explicarlo todo, incluso de un verdadero hombre en esos banquetes, no pude soportarlo, y me conmovió esa desigualdad y discrepancia en nuestra mesa. Sonreí a mi madre. Y ella, con toda libertad, ordenando que se trajera lo que menos tenían, como de su propia bodega: Ahora dinos, dijo, y explícanos quiénes son esos Académicos, y qué quieren. A lo que, después de haberlo expuesto brevemente y claramente, de modo que ninguno de ellos se fuera ignorante: Esos hombres, dijo, son epilépticos (con este nombre se llama comúnmente entre nosotros a aquellos que son derribados por la enfermedad comicial), y al mismo tiempo se levantó para irse; y aquí todos, alegres y riendo, nos retiramos después de poner fin a la conversación.

CAPÍTULO III.---Disputa del segundo día. Quién tiene a Dios de tal manera que sea feliz. El espíritu impuro suele llamarse de dos maneras.

17. Al día siguiente, después del almuerzo, aunque un poco más tarde que el día anterior, nos sentamos en el mismo lugar: Llegáis tarde al banquete, dije: lo cual no creo que se deba a la indigestión, sino a la seguridad de la escasez de platos; porque no parecía necesario abordarlo tan temprano, ya que pensasteis que lo consumiríais rápidamente. Pues no se podía creer que quedarán muchas sobras, cuando en el mismo día y solemnidad se encontró tan poco. Tal vez sea correcto. Pero qué os ha sido preparado, yo tampoco lo sé con vosotros. Porque hay otro que no cesa de ofrecer tales banquetes a todos, especialmente a tales como nosotros: pero nosotros, por debilidad, saciedad o negocio, a menudo dejamos de comer: quien permaneciendo en los hombres los hace felices, como acordamos ayer, si no me equivoco, piadosa y firmemente. Porque cuando la razón demostró que es feliz quien tiene a Dios, y ninguno de vosotros se opuso a esta opinión, se preguntó quién os parecía tener a Dios. Sobre lo cual, si recuerdo bien, se expresaron tres opiniones. Pues a algunos les pareció que tiene a Dios quien hace lo que Dios quiere. Sin embargo, algunos dijeron que tiene a Dios quien vive

bien. Y a otros les pareció que Dios está en aquellos en quienes no está el espíritu que se llama impuro.

18. Pero tal vez todos sentisteis lo mismo con diferentes palabras. Porque si consideramos los dos primeros, todo el que vive bien hace lo que Dios quiere; y todo el que hace lo que Dios quiere, vive bien; y no hay otra cosa que vivir bien que hacer lo que agrada a Dios: a menos que os parezca otra cosa. Asintieron. Pero el tercer punto debe considerarse con un poco más de atención, porque según el rito de los más castos sacramentos, el espíritu impuro, hasta donde entiendo, suele llamarse de dos maneras: o aquel que desde fuera invade el alma y perturba los sentidos, e inflige a los hombres una especie de locura; para excluirlo, quienes están a cargo imponen las manos o exorcizan, es decir, lo expulsan conjurándolo por lo divino: o de otra manera se llama espíritu impuro a toda alma impura; lo cual no es otra cosa que manchada por vicios y errores. Por lo tanto, te pregunto a ti, niño, que tal vez con un espíritu algo más sereno y puro pronunciaste esa opinión, quién te parece no tener un espíritu impuro: ¿aquel que no tiene un demonio, por el cual los hombres suelen volverse locos; o aquel que ha limpiado su alma de todos los vicios y pecados? Me parece, dijo, que no tiene un espíritu impuro quien vive castamente. Pero, ¿a quién llamas casto, dije? ¿Aquel que no peca en absoluto, o aquel que solo se abstiene del concubinato ilícito? ¿Cómo, dijo, puede ser casto quien, absteniéndose solo del concubinato ilícito, no deja de mancharse con otros pecados? Aquel es verdaderamente casto, quien atiende a Dios y se aferra solo a Él. Como me complació que se escribieran las palabras del niño tal como fueron dichas: Por lo tanto, dije, es necesario que viva bien, y quien vive bien necesariamente es tal; a menos que te parezca otra cosa. Concedió con los demás. Por lo tanto, aquí se ha expresado una sola opinión.

19. Pero os pregunto un poco, ¿quiere Dios que el hombre busque a Dios? Asintieron. También pregunto; ¿podemos decir que quien busca a Dios vive mal? De ninguna manera, dijeron. También respondan a esto tercero; ¿puede el espíritu impuro buscar a Dios? Negaban, con Navigio dudando un poco, quien después cedió a las voces de los demás. Si, por lo tanto, dije, quien busca a Dios hace lo que Dios quiere, y vive bien, y no tiene un espíritu impuro; pero quien busca a Dios aún no tiene a Dios: no, por lo tanto, cualquiera que viva bien, o haga lo que Dios quiere, o no tenga un espíritu impuro, debe creerse inmediatamente que tiene a Dios. Aquí, mientras los demás reían al verse engañados por sus propias concesiones, la madre pidió, después de haber estado atónita por un tiempo, que le explicara y resolviera lo que había dicho con la necesidad de la conclusión. Cuando esto se hizo: Pero nadie, dijo, puede llegar a Dios, a menos que busque a Dios. Muy bien, dije. Sin embargo, quien aún busca, aún no ha llegado a Dios, aunque viva bien. Por lo tanto, no cualquiera que viva bien tiene a Dios. Me parece, dijo, que nadie no tiene a Dios: pero quien vive bien lo tiene propicio; quien vive mal, lo tiene adverso. Por lo tanto, dije, concedimos erróneamente ayer que es feliz quien tiene a Dios: si todo hombre tiene a Dios, y sin embargo no todo hombre es feliz. Añade, entonces, dijo, propicio.

20. Al menos, dije, estamos de acuerdo en que es feliz quien tiene a Dios propicio? Me gustaría, dijo Navigio, consentir: pero temo a aquel que aún busca; especialmente no concluyas que el Académico es feliz, quien en la conversación de ayer, con una palabra vulgar y mal latina, pero muy adecuada, como me parece, fue llamado caducario. Porque no puedo decir que Dios sea adverso al hombre que lo busca: lo cual, si es impío decirlo, será propicio; y quien tiene a Dios propicio, es feliz. Por lo tanto, será feliz quien busca: pero todo el que busca aún no tiene lo que desea. Por lo tanto, será feliz el hombre que no tiene lo que desea, lo cual ayer nos parecía absurdo a todos; de donde creíamos que las tinieblas de los Académicos habían sido disipadas. Por lo tanto, ahora Licencio triunfará sobre nosotros; y

me advertirá, como un médico prudente, que esos dulces que tomé imprudentemente contra mi salud, me exigen estas penas.

21. Aquí, cuando incluso la madre sonrió: Yo, dijo Trigetio, no concedo que Dios sea inmediatamente adverso a quien no es propicio, sino que creo que hay algo intermedio. A lo que respondí: Sin embargo, ese hombre, dije, intermedio, a quien ni Dios es propicio ni adverso, ¿concedes que de alguna manera tiene a Dios? Aquí, cuando él dudaba: Otra cosa es, dijo la madre, tener a Dios, otra cosa es no estar sin Dios. ¿Qué, entonces, dije, es mejor; tener a Dios, o no estar sin Dios? Hasta donde puedo entender, dijo, esta es mi opinión: quien vive bien, tiene a Dios, pero propicio; quien vive mal, tiene a Dios, pero adverso. Pero quien aún busca, y aún no ha encontrado, ni propicio ni adverso, pero no está sin Dios. ¿Es esta, dije, también vuestra opinión? Dijeron que lo era. Decidme, por favor, dije: ¿no os parece que Dios es propicio al hombre a quien favorece? Lo confesaron. ¿No favorece, entonces, dije, Dios al hombre que lo busca? Respondieron: Favorece. Por lo tanto, dije, quien busca a Dios, tiene a Dios propicio; y todo el que tiene a Dios propicio, es feliz. Por lo tanto, también es feliz quien busca. Pero quien busca, aún no tiene lo que desea. Por lo tanto, será feliz quien no tiene lo que desea. Completamente, dijo la madre, no me parece feliz quien no tiene lo que desea. Por lo tanto, dije, no todo el que tiene a Dios propicio, es feliz. Si la razón lo exige, dije, no puedo negarlo. Por lo tanto, dije, esta será la distribución, que todo el que ya ha encontrado a Dios y tiene a Dios propicio, es feliz: pero todo el que busca a Dios tiene a Dios propicio, pero aún no es feliz; y, por supuesto, cualquiera que se aleje de Dios por vicios y pecados, no solo no es feliz, sino que ni siquiera vive con Dios propicio.

22. Cuando esto agradó a todos, dije: "Está bien, pero aún temo que os perturbe lo que ya habíamos concedido anteriormente, que es miserable quien no es feliz. De lo cual se deduciría que es miserable el hombre que tiene a Dios propicio, a quien aún buscando a Dios no hemos dicho que sea feliz. ¿O acaso, como dice Cicerón, llamamos ricos a los dueños de muchas propiedades en la tierra, y pobres a los poseedores de todas las virtudes? Pero ved si es cierto que, así como es verdad que todo necesitado es miserable, también lo es que todo miserable necesita. Así será verdad que la miseria no es otra cosa que la necesidad, lo cual, cuando se dijo, notasteis que lo alabé. Sin embargo, hoy es largo de investigar; por lo cual os pido que no os sea tedioso volver a esta mesa mañana. Cuando todos dijeron que lo harían con mucho gusto, nos levantamos.

CAPÍTULO IV. — Disputa del tercer día. Sobre la cuestión propuesta el día anterior. Miserable es todo el que necesita. El sabio, por su parte, no necesita de nada. Si todo el que es miserable, necesita. Necesidad del alma. Plenitud del alma. Quién es finalmente feliz.

23. El tercer día de nuestra disputa, las nubes matutinas que nos obligaban a ir a los baños, se disiparon, y el tiempo de la tarde se tornó muy claro. Decidimos entonces descender a un prado cercano, y una vez que todos nos sentamos donde nos pareció conveniente, el resto de la conversación se llevó a cabo de la siguiente manera. Casi todo lo que quise que me concedierais al preguntar, lo tengo y lo sostengo: por lo cual, en el día de hoy, en el que finalmente podemos distinguir este nuestro banquete con algún intervalo de días, no será necesario, según creo, que me respondáis mucho o nada. Se había dicho por parte de la madre que la miseria no es otra cosa que la necesidad, y convenimos entre nosotros que todos los que necesitan son miserables. Pero si todos los miserables también necesitan, es una cuestión que no pudimos explicar ayer. Si la razón demuestra que esto es así, se ha encontrado perfectamente quién es feliz: será aquel que no necesita. Pues todo el que no es miserable, es

feliz. Por lo tanto, es feliz quien carece de necesidad, si se establece que la necesidad que decimos es la misma miseria.

24. ¿Qué dices, Trygetius? ¿No se puede concluir ya de esto que todo el que no necesita es feliz, dado que es evidente que todo el que necesita es miserable? Pues recuerdo que concedimos que no hay nada intermedio entre el miserable y el feliz. ¿Te parece que hay algo intermedio entre el muerto y el vivo? ¿No es cierto que todo hombre es o vivo o muerto? Lo admito, dijo, tampoco aquí hay algo intermedio: pero, ¿a dónde va esto? Porque, dije, también creo que admites que todo el que fue enterrado hace un año está muerto. No lo negaba. ¿Qué? ¿Todo el que no fue enterrado hace un año está vivo? No, dijo, no se sigue. Por lo tanto, dije, no se sigue que si todo el que necesita es miserable, todo el que no necesita sea feliz, aunque entre el miserable y el feliz, como entre el vivo y el muerto, no se pueda encontrar nada intermedio.

25. Cuando algunos de ellos entendieron esto un poco más lentamente, yo, explicándolo y adaptándolo a su comprensión con las palabras que pude: Entonces, dije, nadie duda de que todo el que necesita es miserable: ni nos asustan ciertas cosas necesarias para el cuerpo de los sabios. Pues el alma misma, en la que se encuentra la vida feliz, no necesita de ellas. Pues es perfecta; y nada perfecto necesita de algo: y lo que parece necesario para el cuerpo lo tomará si está presente; si no está presente, la falta de estas cosas no lo quebrantará. Pues todo sabio es fuerte; y nadie fuerte teme algo. Por lo tanto, el sabio no teme ni la muerte del cuerpo ni los dolores, para evitar, eludir o posponer los cuales son necesarias aquellas cosas de las que puede carecer. Sin embargo, no deja de usarlas bien si no le faltan. Pues es muy cierta aquella sentencia: "Porque evitar lo que puedes es de tontos admitirlo." (Terencio en Eunuchos, acto 4, escena 6) Por lo tanto, evitará la muerte y el dolor, tanto como pueda y como convenga; para que si no los evita, no sea miserable por lo que sucede, sino porque, pudiendo evitarlo, no quiso: lo cual es una señal manifiesta de estupidez. Por lo tanto, no será miserable por no evitarlo, sino por la estupidez. Pero si no pudo evitarlo, habiéndolo intentado diligentemente y decentemente, no lo harán miserable estas cosas que irrumpen. Pues también aquella sentencia del mismo cómico no es menos verdadera: "Porque no puede hacerse lo que quieres, quiere lo que puede hacerse." (Id. en Andria, acto 2, escena 1.) ¿Cómo será miserable quien no le sucede nada contra su voluntad? Porque lo que ve que no puede sucederle, no puede quererlo. Pues tiene la voluntad de cosas certísimas, es decir, que todo lo que haga, no lo haga sino según un cierto precepto de virtud y la ley divina de la sabiduría, que de ninguna manera pueden serle arrebatadas.

26. Ahora ved si también todo el que es miserable, necesita. Pues la dificultad para conceder esta sentencia la causa el hecho de que muchos están en gran abundancia de cosas fortuitas, para quienes todo es tan fácil que está a su disposición lo que la codicia pide. Esta vida es ciertamente difícil. Pero imaginemos a alguien tal como Cicerón dice que fue Orata. ¿Quién diría fácilmente que Orata sufría de necesidad, siendo un hombre riquísimo, ameno, muy delicado, a quien no le faltó nada para el placer, ni para el favor, ni para una buena y completa salud? Pues abundó tanto como quiso en propiedades muy rentables y amigos muy agradables; y de todas ellas usó muy adecuadamente para la salud del cuerpo, y (para resumirlo todo brevemente) todo su plan y voluntad fue seguido por un éxito próspero. Pero tal vez alguien de vosotros dirá que deseaba tener más de lo que tenía. Esto lo ignoramos. Pero para lo que basta a la cuestión, supongamos que no deseaba más de lo que poseía. ¿Os parece que necesitaba? Aunque conceda, dijo Licentius, que no deseaba nada más, lo cual en un hombre no sabio no sé cómo aceptar; sin embargo, temía, pues era un hombre, como se dice, de no mal ingenio, que todo eso le fuera arrebatado por un solo golpe adverso. Pues no era difícil entender que todas esas cosas, por grandes que fueran, estaban sujetas a los azares.

Entonces yo, sonriendo: Ves, dije, Licentius, a ese hombre tan afortunado impedido de la vida feliz por la agudeza de su ingenio. Pues cuanto más agudo era, más veía que podía perderlo todo; y por ese miedo se quebrantaba, y afirmaba bastante lo común: "El hombre infiel es, para su desgracia, astuto."

27. Cuando él y los demás sonrieron: Sin embargo, dije, atendamos más diligentemente a esto, porque aunque temía, no necesitaba: de donde surge la cuestión. Pues necesitar es no tener, no temer perder lo que tienes. Pero este era miserable porque temía, aunque no necesitaba. Por lo tanto, no todo el que es miserable, necesita. Cuando aprobó esto junto con los demás, incluso ella misma, cuya sentencia defendía, aunque algo dudosa: No sé, dijo, sin embargo, y aún no entiendo completamente cómo puede separarse la miseria de la necesidad, o la necesidad de la miseria. Pues este que era rico y opulento, y no deseaba, como decís, más de lo que tenía; sin embargo, porque temía perderlo, necesitaba sabiduría. ¿Acaso diríamos que este hombre necesitaba si carecía de plata y dinero; y no diríamos que necesitaba si carecía de sabiduría? Cuando todos exclamaron admirados, yo mismo también no poco alegre y contento de que ella hubiera dicho lo que había preparado para exponer como algo grande de los libros de los filósofos: ¿Veis, dije, que otra cosa son las muchas y variadas doctrinas, y otra cosa es el alma muy atenta a Dios? Pues, ¿de dónde proceden estas cosas que admiramos, sino de allí? Aquí Licentius, exclamando alegre: En verdad, dijo, nada más verdadero, nada más divino se pudo decir. Pues no hay mayor ni más lamentable necesidad que carecer de sabiduría; y quien no carece de sabiduría, no puede carecer de nada en absoluto.

28. Por lo tanto, la necesidad del alma, dije, no es otra cosa que la estupidez. Pues esta es contraria a la sabiduría, y tan contraria como la muerte a la vida, como la vida feliz a la miserable; esto es, sin ningún intermedio. Pues así como todo hombre no feliz es miserable, y todo hombre no muerto vive; así es manifiesto que todo no estúpido es sabio. De lo cual ya se puede ver que Sergio Orata no era miserable solo porque temía perder esos dones de la fortuna, sino porque era estúpido. Lo cual hace que fuera más miserable si, con esas cosas que consideraba buenas tan inestables y vacilantes, no temiera en absoluto. Pues sería más seguro no por la vigilancia de la fortaleza, sino por el sopor de la mente, y sumido en una estupidez más profunda, sería miserable. Pero si todo el que carece de sabiduría sufre una gran necesidad, y todo el que posee sabiduría no necesita de nada, se sigue que la estupidez es necesidad. Así como todo estúpido es miserable, así todo miserable es estúpido. Por lo tanto, así como toda necesidad es miseria, así toda miseria se demuestra que es necesidad.

29. Cuando Trygetius dijo que entendía poco esta conclusión: ¿Qué, dije, hemos acordado entre nosotros? Que necesita, dijo, quien no tiene sabiduría. ¿Qué es entonces, dije, necesitar? No tener sabiduría, dijo. ¿Qué es, dije, no tener sabiduría? Aquí, cuando callaba, ¿no es esto, dije, tener estupidez? Esto, dijo. No es, por lo tanto, otra cosa, dije, tener necesidad, que tener estupidez; de lo cual ya es necesario que la necesidad se nombre con otra palabra cuando se nombra estupidez. Aunque no sé cómo decimos, Tiene necesidad, o, tiene estupidez. Pues es como si dijéramos que un lugar que carece de luz tiene tinieblas: lo cual no es otra cosa que no tener luz. Pues las tinieblas no vienen ni se van; sino que carecer de luz es ya ser tenebroso, así como carecer de vestido es ser desnudo. Pues el vestido no llega como si alguna cosa móvil huyera la desnudez. Así decimos que alguien tiene necesidad, como si dijéramos que tiene desnudez. Pues necesidad es una palabra de no tener. Por lo tanto, para explicar lo que quiero como puedo, se dice, Tiene necesidad; como si se dijera, Tiene no tener. Por lo tanto, si se ha demostrado que la estupidez misma es la verdadera y cierta necesidad, ve ya si la cuestión que habíamos asumido está resuelta. Pues se dudaba entre nosotros si al llamar miseria no nombrábamos otra cosa que necesidad. Pero hemos dado

razón de que correctamente se llama estupidez a la necesidad. Así como todo estúpido es miserable, y todo miserable es estúpido; así es necesario que no solo todo el que necesita sea miserable, sino también que todo el que es miserable se confiese necesitado. Pero si de que todo estúpido es miserable, y todo miserable es estúpido, se concluye que la estupidez es miseria; ¿por qué no de que todo el que necesita es miserable, y todo el que es miserable necesita, concluimos que la miseria no es otra cosa que necesidad?

30. Cuando todos admitieron que así era: Ahora, dije, sigue que veamos quién no necesita; pues este será sabio y feliz. Pero la necesidad es estupidez, y el nombre de necesidad: pero esta palabra suele significar cierta esterilidad y carencia. Atended, por favor, más profundamente, cuánta fue la preocupación de los antiguos, ya sea en todo, ya sea en lo que es manifiesto, en crear ciertas palabras, especialmente de aquellas cosas cuya noción era muy necesaria. Pues ya concedéis que todo estúpido necesita, y todo el que necesita es estúpido: creo que también concedéis que el alma estúpida es viciosa, y que todos los vicios del alma se incluyen bajo el nombre de estupidez. El primer día de nuestra disputa habíamos dicho que la nequicia se llamaba así porque no es nada, a la cual se le opone la frugalidad, que se llamó así por la frugalidad. Por lo tanto, en esos dos contrarios, esto es, frugalidad y nequicia, parecen destacar el ser y el no ser. Pero, ¿qué pensamos que es contrario a la necesidad de la que tratamos? Aquí, cuando dudaban un poco: Si digo, dijo Trygetius, riquezas; veo que a estas se opone la pobreza. Es cierto, dije, que está cerca. Pues la pobreza y la necesidad suelen tomarse como una y la misma cosa. Sin embargo, hay que encontrar otra palabra, para que no falte un término a la mejor parte, de modo que mientras esa parte abunda en el nombre de pobreza y necesidad, de esta parte solo se oponga el nombre de riquezas. Pues nada más absurdo que haya escasez de vocabulario donde está la parte contraria a la necesidad. Plenitud, dijo Licentius, si se puede decir, me parece que se opone correctamente a la necesidad.

31. Después, dije, buscaremos quizás más diligentemente sobre la palabra. Pues esto no debe preocuparnos en la búsqueda de la verdad. Aunque Sallustio, un cuidadoso seleccionador de palabras, opuso opulencia a la necesidad (Sallustio, de Bello Catilin.); sin embargo, acepto esa plenitud. Pues aquí no temeremos la censura de los gramáticos, ni tememos que nos reprendan por usar las palabras descuidadamente, quienes nos dieron sus cosas para usarlas. Cuando sonrieron: Por lo tanto, porque decidí no despreciar las mentes de vosotros cuando estáis atentos a Dios, como si fueran ciertos oráculos, veamos qué significa este nombre; pues no creo que haya ninguno más adecuado a la verdad. Por lo tanto, plenitud y necesidad son contrarias: pero también aquí, como en la nequicia y la frugalidad, aparecen esos dos, el ser y el no ser. Y si la necesidad es la misma estupidez, la plenitud será sabiduría. Con razón muchos dijeron que la frugalidad es la madre de todas las virtudes. A lo cual, consintiendo Cicerón, incluso en un discurso popular dijo: "Que lo acepte como quiera cada uno: yo, sin embargo, juzgo que la frugalidad, es decir, la modestia y la templanza, es la mayor virtud." (Orat. pro Dejotaro). En verdad, muy docta y decentemente: pues consideró la frugalidad, es decir, aquello que decimos que es, a lo cual es contrario el no ser. Pero debido a la costumbre vulgar de hablar, por la cual la frugalidad suele decirse como parquedad, aclaró lo que pensaba con dos palabras siguientes, añadiendo modestia y templanza: y atendamos más diligentemente a estas dos palabras.

32. La modestia ciertamente se dice del modo, y la templanza de la templanza. Donde hay modo y templanza, no hay ni más ni menos. Esa es, por lo tanto, la plenitud, que habíamos puesto como contraria a la necesidad, mucho mejor que si pusiéramos abundancia. Pues en la abundancia se entiende la afluencia y como una efusión de algo que abunda en exceso. Lo cual, cuando sucede más allá de lo suficiente, también allí se necesita el modo, y lo que es

excesivo, necesita modo. Por lo tanto, ni la abundancia está exenta de necesidad; pero el modo es ajeno tanto al más como al menos. El modo del alma es la sabiduría. Pues la sabiduría no se niega que es contraria a la estupidez, y la estupidez es necesidad, pero a la necesidad es contraria la plenitud. Por lo tanto, la sabiduría es plenitud. Pero en la plenitud hay modo. Por lo tanto, el modo del alma está en la sabiduría. De donde aquello es excelente, y no sin razón se difunde que esto es lo primero útil en la vida: "Que no haya nada en exceso." (Terent. en Andria, acto 1, escena 1.)

33. Pero habíamos dicho al inicio de nuestra disputa de hoy, que si encontrábamos que la miseria no es otra cosa que la necesidad, admitiríamos que es feliz quien no necesita. Pero se ha encontrado: por lo tanto, ser feliz no es otra cosa que no necesitar, esto es, ser sabio. Pero si preguntáis qué es la sabiduría (pues también la razón, en la medida de lo posible en el presente, la ha desarrollado y descubierto); no es otra cosa que el modo del alma, esto es, por el cual el alma se equilibra, para que no se desborde en exceso, ni se contraiga por debajo de lo pleno. Se desborda en lujos, dominaciones, soberbias, y otras cosas de ese tipo, con las cuales los ánimos de los desmedidos y miserables creen que se procuran alegrías y poderes. Se contrae en suciedades, temores, tristeza, codicia, y otras cosas, cualesquiera que sean, que incluso los miserables confiesan que hacen miserables a los hombres. Pero cuando contempla la sabiduría encontrada, y cuando, para usar la palabra de este joven, se aferra a ella, y no se vuelve, movido por ninguna vanidad, a la falacia de las apariencias, cuyo peso abrazado suele hacer caer y sumergirse al hombre de su Dios; no teme ninguna desmesura, y por lo tanto, ninguna necesidad, por lo tanto, ninguna miseria. Por lo tanto, tiene su modo, esto es, sabiduría, quienquiera que sea feliz.

34. Pero, ¿qué debe llamarse sabiduría, sino la que es la Sabiduría de Dios? Pero hemos recibido también por autoridad divina que el Hijo de Dios no es otra cosa que la Sabiduría de Dios (I Cor. I, 24): y el Hijo de Dios es ciertamente Dios. Por lo tanto, quienquiera que sea feliz tiene a Dios: lo cual ya nos agradó a todos cuando comenzamos este banquete. Pero, ¿qué pensáis que es la sabiduría, sino la verdad? Pues también se ha dicho: "Yo soy la Verdad" (Juan XIV, 6). Pero para que la verdad sea, se hace por algún modo supremo, del cual procede, y en el cual se convierte perfecta. Pero a ese modo supremo no se le impone ningún otro modo: pues si el modo supremo es modo por el modo supremo, es modo por sí mismo. Pero también el modo supremo debe ser modo verdadero. Así como la verdad se engendra por el modo, así el modo se conoce por la verdad. Por lo tanto, ni la verdad sin modo, ni el modo sin verdad existieron jamás. ¿Quién es el Hijo de Dios? Se ha dicho, Verdad. ¿Quién es el que no tiene padre, quién otro que el modo supremo? Por lo tanto, quienquiera que llegue al modo supremo por la verdad, es feliz. Esto es tener a Dios en el alma, esto es disfrutar de Dios. Pues aunque las demás cosas se tengan de Dios, no tienen a Dios.

35. Cierta advertencia, sin embargo, que nos mueve a recordar a Dios, a buscarlo, a desearlo con ansia dejando de lado toda apatía, emana de la misma fuente de la verdad hacia nosotros. Este sol secreto infunde su resplandor en nuestras luces interiores. Todo lo verdadero que hablamos proviene de Él, incluso cuando, con ojos aún no del todo sanos o recién abiertos, nos atrevemos a girarnos audazmente y contemplarlo todo, y tememos: y esto no parece ser otra cosa que Dios, perfecto sin impedimento de degeneración alguna. Pues allí todo y cada cosa es perfecta, y al mismo tiempo es el Dios omnipotente. Sin embargo, mientras buscamos, aún no saciados por la misma fuente, y para usar esa palabra, por la plenitud, debemos admitir que no hemos llegado a nuestro modo: y por eso, aunque ya con la ayuda de Dios, aún no somos sabios y bienaventurados. Esa es, por tanto, la plena saciedad de las

almas, esta es la vida bienaventurada, conocer piadosa y perfectamente de quién eres conducido a la verdad, con qué verdad disfrutas, por qué medio te conectas de la manera más elevada. Estas tres cosas muestran a quienes entienden un solo Dios y una sola sustancia, excluyendo las vanidades de la variada superstición. Aquí la madre, reconociendo las palabras que estaban profundamente arraigadas en su memoria, y como despertando en su fe, derramó alegremente el verso de nuestro sacerdote: Fove precantes, Trinitas, (Ambrosio en himno, Dios creador de todo.) y añadió: Esta es, sin duda alguna, la vida bienaventurada, que es la vida perfecta, a la cual debemos presumir que podemos ser llevados, con fe sólida, esperanza alegre y caridad ardiente.

36. Por lo tanto, digo, ya que el mismo modo nos advierte, distinguir el banquete con algún intervalo de días, doy tantas gracias como puedo al sumo y verdadero Dios Padre, Señor liberador de las almas: luego a vosotros que, invitados concordemente, también me habéis colmado de muchos dones. Pues habéis contribuido tanto a nuestra conversación, que no puedo negar que he sido saciado por mis invitados. Aquí, todos regocijándose y alabando a Dios: Cuánto desearía, dijo Trygetius, que nos alimentaras de este modo todos los días. Ese modo, digo, debe ser mantenido en todas partes, amado en todas partes, si os importa nuestro regreso a Dios. Dicho esto, concluida la disputa, nos separamos.